

Los autores, al tratar de los esquemas del desarrollo del dogma establecían tres vías o métodos, históricamente verificables y relacionables entre sí: la vía del raciocinio, la vía de la conceptualización y la vía de la comprensión objetiva.

La vía del raciocinio no se limita sólo a la deducción silogística. La lógica actual reconoce también un razonamiento que no es ni deductivo ni inductivo, sino "reductivo", aplicado, por ejemplo, en las ciencias empíricas para establecer leyes generales. Por otra parte la conclusión de un razonamiento lógicamente correcto pero que no tenga ninguna relación con la salvación ofrecida en Jesucristo, es verdadera, pero no desarrolla el dogma. Esta observación no coincide con las conclusiones por las que P. F. Marín-Solá en *La evolución homogénea del dogma católico* limitaba el campo de las conclusiones definibles: él insistía en la necesidad de una conexión evidente con la verdad revelada, mientras los autores hacen también hincapié en la conexión de la conclusión verdadera con la finalidad de la llamada divina.

La vía de la conceptualización es aquel proceso por el que una aprehensión directa alcanza su expresión conceptual refleja. Diversos ejemplos ilustran este método de progreso doctrinal objetivo. La vía de la comprensión objetiva viene ilustrada a partir de la aparición del dogma de la asunción. En ella se expone la amplitud y los límites del "argumento de conveniencia".

Como factores del desarrollo dogmático se señalan, siguiendo el orden indicado por el Concilio en la Const. *Dei Verbum*, la asistencia del Espíritu Santo, la reflexión y estudio de los creyentes —teólogos o no—, la inteligencia interior de las cosas espirituales y la predicación de la jerarquía.

En la evolución o progreso del dogma, la historia nos muestra casos de un claro polifetismo, como lo constituye la doble forma de acceder al dogma trinitario de los griegos y de los latinos. El concilio admite una diversidad de las fórmulas dogmáticas respecto de la misma verdad (cfr. Decr. *Unitatis redintegratio*, 17), proporcionando también directrices sobre como concebir en el futuro la evolución dogmática. También es considerada en este trabajo la posibilidad históricamente verificable de una regresión en aspectos parciales de la percepción objetiva de la fe. Los límites de la evolución dogmática, dentro de la fidelidad al depósito apostólico, vienen a ser prácticamente indefinibles por cuanto el pueblo de Dios peregrinante sobre la tierra no posee un conocimiento celestial de la realidad sobrenatural.

JORGE SALINAS

J. LECUYER, *El sacrificio de la nueva Alianza*, Barcelona, Ed. Herder, 1969, 371 pp.

Con algo de retraso llega a nosotros esta obra de Lécuyer, cuya edición francesa data de 1962. Pero nunca es tarde si el libro es bueno. Y en este caso lo es. Lécuyer tiene un sentido teológico muy agudo, ava-

lado por un coconcimiento muy serio de la Patrística. Sus numerosos libros y artículos lo han mostrado sobradamente.

Aquí aborda el tema de la alianza en su vertiente sacrificial. Es un libro sobre la Eucaristía, pero de ella no habla hasta la tercera parte. Y es que el autor, en forma que ya le es habitual, ha encuadrado la Eucaristía en la perspectiva completa de la historia de la salvación. En la primera parte nos habla del sacrificio de la antigua alianza. No de las liturgias sacrificiales de Israel, a no ser de paso, sino del específico sacrificio de la alianza, es decir el del Sinaí, visto en primer lugar en los textos veterotestamentarios, en una exégesis rigurosa. Las notas al pie de página nos certifican que Lécuyer ha valorado los textos con las mejores autoridades en la mano. Lo importante, después del mensaje profético, es que la alianza sinaítica se ha transferido al monte Sión, y en esa transposición encuentran su sentido los cultos judaicos. Esta misma conclusión, ampliada hacia atrás en la alianza con Abrahán, se deduce del estudio que hace, en el capítulo segundo, de la tradición judía, particularmente la cercana al tiempo de Cristo, reflejada en los targumes palestinos y en los autores judíos de la diáspora helenística. El tercer capítulo de esta primera parte analiza las apreciaciones que hace el Nuevo Testamento sobre el sacrificio sinaítico. Con una nueva transposición: frente a Sión, la Jerusalén terrena, surge ahora la imagen de una Jerusalén celestial, definitiva ya.

El nuevo Sinaí, el nuevo pueblo de Dios, es la Iglesia, terrena y celestial a la vez. Y el nuevo sacrificio es el de Cristo, mediador definitivo. Este es el objeto de estudio de la segunda parte. Su primer capítulo estudia la estructuración de la nueva comunidad, obra del nuevo Mediador Jesucristo, y en la que la ley está inscrita en los corazones y comporta una constante acogida de la Palabra de Dios, a la vez que la responsabilidad de difundirla; pero esto no impide una configuración externa de la comunidad. La acogida de la Palabra, y el acercamiento al nuevo Sión, debe hacerse en comunión con los que oyeron, en vinculación con el testimonio apostólico permanente en la Iglesia. Como el sacrificio que selló la antigua alianza fue de sangre, así también es la sangre de Jesús la que santifica al pueblo. Lécuyer maneja todo el Nuevo Testamento, pero se detiene particularmente en la Epístola a los hebreos; a la vez comienza ya aquí a utilizar textos patrísticos, reflexión cristiana sobre los pasajes de la Escritura. El sacrificio del Salvador es objeto de los siguientes capítulos: el segundo estudia la pasión; el tercero la resurrección y la ascensión; el cuarto, pentecostés.

El sacrificio de Cristo está visto, pues, en su dinamicidad y articulación interna. No se reduce solamente a la pasión. La resurrección y la entronización a la diestra del Padre son un aspecto esencial del sacrificio de Jesús. Y como su prolongación, el misterio de Pentecostés es el don de la nueva ley al nuevo pueblo de Dios: "la gracia del Espíritu Santo, fruto del sacrificio de Jesús, se inscribe en los corazones de los creyentes". (p. 206).

La Eucaristía es el sacramento del sacrificio redentor. Es el tema de la tercera parte. Un estudio sobre la Eucaristía en esta perspectiva debe lógicamente iniciarse por su origen: cena del Señor. Y así lo hace el autor

en el capítulo primero. En los textos institucionales de la Eucaristía encontramos un claro eco de las palabras de Moisés en el Sinaí al hacer la aspersión sobre el pueblo y las víctimas inmoladas. Esta sangre de la Cena es fundacional de la nueva comunidad que surge de la Alianza nueva. Es, por eso mismo, por ser memorial del sacrificio del Señor, una nueva Pascua. Y esta cena, que Jesús manda repetir, es al mismo tiempo significativa del reino glorioso (Lc 22, 28-30). A partir de este momento se puede realizar ya, por el análisis de los textos litúrgicos y especialmente de las anáforas y con la ayuda de las interpretaciones patristicas la comprobación que la Misa recoge y expresa los rasgos fundamentales de la nueva Alianza. Así el tema del capítulo II de la Misa como asamblea del pueblo de Dios. Como en el Sinaí el pueblo que se acerca a Dios es el que ha sido liberado de la tiranía por el paso del Mar Rojo, así en la Misa es el pueblo de los bautizados el que se acerca a Dios, un pueblo amenazado en su unidad y que precisamente en la celebración sacramental encuentra los lazos que le vinculan y lo constituyen, con su estructuración jerárquica, en el verdadero santuario, el templo vivo de Dios, en el que es ofrecido este sacrificio de la nueva Alianza: el único que puede ofrecerse. Que la Eucaristía es el sacrificio de la nueva Alianza constituye el tema del tercer capítulo. Por la presencia sustancial de Cristo se hace presente y activa en medio del pueblo la alianza eterna. Lécuyer subraya que este don objetivo no dispensa —¡todo lo contrario!— de la respuesta al llamamiento de Dios, asumiendo personalmente el destino y la misión del pueblo de Dios. Una respuesta manifiesta principalmente en la caridad, sobre todo con los indigentes. Estas páginas del libro que comentamos, ricas en textos de la tradición, parecen particularmente interesantes en el momento de la Iglesia que estamos viviendo. La preocupación por la autenticidad de la conducta, sobre todo en las relaciones humanas, es primordial en los grupos más conscientes de cristianos. Pero la mejor tradición nos enseña que tal preocupación no tiene por qué desligarse de la celebración del culto cristiano; al contrario, encontrará en ella el motivo fundamental de renovación de los compromisos morales. Y hasta tal punto esto es importante que Lécuyer en el cuarto capítulo de esta tercera parte, y último del libro, que se titula "La eucaristía y la ley del espíritu", vuelve a subrayar una y otra vez que el sacrificio de la nueva Alianza determina los principios de la actitud cotidiana con Dios y con el prójimo. Como la dinamicidad del acto salvador de Jesús se concluye con Pentecostés, así la celebración sacramental eucarística nos aporta el don del Espíritu, un espíritu que es luz y llama, y que es ante todo el don del amor, y por tanto el principio de la unidad.

Es una hermosa obra la que hemos reseñado. A la riqueza del contenido responde una traducción cuidada, que se debe a la comunidad de religiosas del monasterio de San Benito de Montserrat. Responde también una presentación tipográfica muy agradable, como es costumbre ya en la Biblioteca Herder. En este aspecto, la edición española ha mejorado mucho a la original francesa.

JUAN MARÍA LECEA